

nacimiento del amor, dijo Sócrates, tuvieron lugar muchísimas cosas espantosas, á causa del imperio de la necesidad; pero cuando nació este dios, nacieron todas las cosas para los hombres. »

La reflexión, la benevolencia y la consideración por los demás, siempre se recompensarán. Producirán siempre una agradecida reciprocidad por parte de los favorecidos, y los servicios se harán con una buena disposición y una alegría que jamás se podrán obtener por el mero dinero. La simpatía es el verdadero calor y la luz del hogar, que une á las señoras y á las sirvientas, lo mismo que al esposo y á la mujer, al padre, á la madre y á los hijos; y no puede ser realmente feliz el hogar donde ella no esté, enlazando á todos los de la casa con vínculos de afecto y concordia domésticos.

El difunto sir Arturo Helps dice en uno de sus sabios ensayos: « Observáis á un hombre que se hace cada día más rico, ó que adelanta en posición, ó que aumenta su reputación profesional, y le tenéis por un hombre que ha conseguido éxito en la vida. Pero si su hogar es de aquellos que están mal ordenados, en los que ningún lazo de afecto une á la familia y cuyos anteriores sirvientes (pues habrá tenido más de los que puede recordar), miran á su estancia con él como una de las que no han sido favorecidas ni por palabras ni por acciones benévolas, sostengo yo entonces que ese hombre no ha tenido éxito. Cualquiera que sea la buena fortuna que tenga en el mundo, es necesario recordar que siempre ha dejado detrás de sí una importante fortaleza que no ha tomado. La vida de ese hombre (ó de esa mujer) es seguro que no enseña el bien cuando la benevolencia no ha encontrado un hogar común. Podrá haber esparcido rayos de luz en varias direcciones, pero ha debido haber un foco activo de amor, ese nido hogar que se forma al rededor del corazón de un hombre bueno. »

Encontramos en la encantadora pintura de la paz doméstica que nos da un autor anónimo del siglo catorce, que los jóvenes de las más nobles casas acostumbraban á servir á la mesa cuando sus padres obsequiaban á sus amigos.

Al alabar Cardán á los nobles patricios de Venecia, observa muy particularmente sus maneras amables y liberales para con sus sirvientes. Recomienda la mayor amabilidad y humanidad hacia ellos. Se dijo del noble guerrero Veccio: « Gobierna á todos los que le están sometidos, menos por la autoridad que por la razón. Cualquiera diría que es más bien el administrador que el dueño de su casa. »

Apenas es necesario hablar de la simpatía del hogar. « La primera sociedad está en el matrimonio, dice Cicerón, después en una familia y en seguida en un estado. » El padre al gobernar su familia es un monarca. Pero su poder debe ser de simpatía para aquellos que gobierna. Todo progreso principia en el hogar; y de esa fuente ya sea pura ó infecta nacen los principios y máximas que gobiernan á la sociedad. La fuerza motriz en los padres es la simpatía y el amor. « La cualidad más noble y más bella, observa Juan Pablo Richter, con que la naturaleza pudo proveer y ha provisto á la mujer en beneficio de la posteridad, fué la más ardiente, el amor, sin embargo, sin retribución y para un objeto distinto á ella misma. El niño recibe amor, y besos, y noches de desvelos, pero al principio sólo corresponde con repulsas; y la criatura débil que más necesita es la que menos retribuye. Pero la madre da su amor incesantemente, aun más, hasta se hace mayor con la necesidad y la ingratitud del que la recibe y siente el más grande por el más débil, así como el padre, el mayor, por el niño más fuerte. »

Sobre el padre recae el gobierno de la casa, sobre la madre su manejo. ¿Ha aprendido el padre á gobernar la casa por la bondad y el dominio de sí mismo? ¿Ha aprendido la mujer alguno de aquellos modos por los cuales se hace *confortable* el hogar? De no ser así se convierte el matrimonio en una espantosa lucha de palabras y acciones. « En verdad, dice sir Arturo Helps, casi creo que el jefe de una familia causa mayor mal si carece de simpatía que aun cuando fuera injusto. » Fué un bello sentimiento el que expresó aquella mujer á quien su esposo quería repudiar. « Devolvedme entonces, dijo ella, aquello que os traje. — Sí, contestó él, vuestra fortuna os será devuelta. —

No me he referido á la fortuna; devolvedme mi verdadera riqueza, devolvedme mi belleza y mi juventud, devolvedme la virginidad del alma, devolvedme mi ánimo jovial y el corazón que nunca había sufrido desengaños. »

Para que un hombre sea feliz, tiene que tener en su esposa una compañera de su alma, lo mismo que una compañera de labor. Ambos tienen que ser leales, castos y llenos de mutua simpatía. Hacia sus hijos tienen que ser amorosos. Hay muchos sinsabores en la vida de familia, pero pueden ser vencidos por el dominio de sí mismo y por la abnegación. «La paciencia, dice Tertuliano, adorna á la mujer y prueba al hombre. Es querida en un niño y es alabada en un joven. En toda edad es bella. » Instruyendo don Antonio de Guevara á un caballero de Valencia sobre los deberes de un esposo, le dice que, si quiere contestar á cualquier palabra de un hombre enojado, no le bastarán ni las fuerzas de Sansón, ni la sabiduría de Salomón. Por eso, paciencia é indulgencia. Una onza de buen humor vale más que una tonelada de melancolía.

La vida de una mujer no puede ser vista nunca en su forma exterior, mucho menos en la interna. Pero la mejor preparación para ambas es la cuidadosa preparación femenina, su herencia natural. La palabra es indefinible. Se la ve en la debilidad, la necesidad de apoyarse, de confiar, de fiarse, de reverenciar y de servir; como asimismo se la ve en la fuerza que la pone en estado de poder sufrir, de proteger, de defender y de soportar. La hallamos en la plasticidad que da tal poder maravilloso de adaptación, como también en la firmeza que sólo cede ante deber; en la gentileza que atrae y en la consagración de sí misma que sojuzga. La verdadera esposa toma interés simpático en las ocupaciones de su esposo. Ella le alegra, le anima, le ayuda. Gozá en sus éxitos y en sus placeres, y hace que sus vejaciones ó enfados sean los menos posibles. Cuando Faraday tenía setenta y dos años, y después de un largo y feliz matrimonio, escribió á su mujer: « Estoy ansioso de verte, amada mía, y que hablemos juntos sobre asuntos, y recordar todas las bondades de que he sido objeto. Llena está mi cabeza y m

corazón también; pero mi memoria decae rápidamente, hasta en lo que respecta á los amigos que están conmigo en la habitación. Tendrás que volver á tomar tu antigua ocupación de ser una almohada para mi espíritu y un descanso, una mujer que hace feliz. »

Ningún hombre tenía más simpatía que Carlos Lamb. Habrá pocas personas que no conozcan el acontecimiento más horroroso de su vida. Cuando su hermana María tenía veinte y un años, clavó un cuchillo en el corazón de su madre, por efecto de un acceso de locura. Desde ese momento resolvió su hermano sacrificar su vida por su « infeliz, querida, queridísima hermana », y voluntariamente se hizo su compañero. Abandonó todo pensamiento de amor y de matrimonio. Bajo la fuerte influencia del deber, renunció al único afecto que había tenido. Con una entrada anual apenas de cien libras esterlinas, emprendió la jornada de la vida, fortificado por el afecto hacia su hermana. Ni el placer, ni el trabajo lo desviaron jamás de su propósito.

Cuando ella salía del asilo, consagraba parte de su tiempo en la composición de los *Tales from Shakespeare* y otras obras. Hazlitt habla de ella como de una de las mujeres más sensatas que jamás haya conocido, aunque durante su vida tuviera repetidos accesos de locura y que aun cuando se hallaba bien estaba constantemente en el límite de la demencia. Cuando sentía que le venía un acceso de locura, la tomaba Carlos del brazo y la llevaba al asilo de Hoxton. Era conmovedor ver caminar juntos al hermano menor conduciendo á la hermana mayor, llorando ambos por el camino, para ellos tan doloroso. Llevaba él en la mano la camisa de fuerza y la entregaba al cuidado de las autoridades del asilo. Cuando volvía á recobrar la razón, regresaba ella al hogar del hermano, quien la recibía lleno de contento, tratándola con la más exquisita ternura. « Dios la ama, decía él, ojalá que nosotros nunca nos amemos menos. » Duró cuarenta años su afecto, sin una nube, excepto aquellas que eran producidas á causa de las fluctuaciones de la salud de su hermana. Lamb cumplió su deber noble y virilmente, y cosechó una recompensa apropiada.

La simpatía por otros se exhibe á menudo en el deseo de salvar las vidas de los que están en peligro. Hemos referido ya muchos casos de esta clase, pero falta aún que mencionar otro. Un día se paseaba sola lady Watson á orillas del mar recogiendo conchas para su museo. Al levantar la vista vió á un hombre solitario sobre un arrecife rodeado de agua. No sabía ella quién era él, pero estaba en peligro de perder la vida y se resolvió á salvarle. La marea crecía rápidamente y las olas se lanzaban con furia contra la costa: parecía casi imposible poder salvar de su posición peligrosa al hombre desamparado. Á pesar de ello llamó á los barqueros, y ofreció una crecida recompensa á los que quisieran hacerse á la mar y salvaran al hombre. Al principio dudaron, pero finalmente salió un bote y llegó á la roca cuando ya el hombre tenía agotadas sus fuerzas. Consiguieron ponerle á bordo y lo llevaron salvo á tierra. ¡Cuál no sería la sorpresa de la señora al reconocer en el individuo salvado á su propio esposo, sir Guillermo Watson!

Hasta una buena palabra dicha á tiempo es recordada. El célebre doctor Sydenham observó que cualquiera, más tarde ó más temprano, sería mejor ó peor por haber hablado á un hombre bueno ó á uno malo.

El cura de Olmey, el amigo de Cowper, era una de aquellas personas á quienes pocos individuos podían hablar sin sentirse mejores.

Decía él de sí mismo: « No podría vivir más tiempo del que pudiera amar. »

« El recuerdo de una mujer me salvó de muchas tentaciones, escribió uno que había hecho una vida salvaje en un país salvaje. Ninguno de los de mi familia la conoció nunca; había muerto antes que yo saliese de mi país. Pero había algunas cosas que de otro modo hubieran sido demasiado para mí, de las que me hallaba perfectamente libre, nada más que porque la amaba. Sentía como que nunca y de ninguna manera había perdido su amor, y no podía ir con él en mi corazón á sitios donde yo nunca la hubiese podido llevar conmigo. Cuando me sentía algo solo porque no podía juntarme con aquellos que

habían sido mis compañeros, envolvía á mi corazón con el pensamiento de que era en obsequio de ella<sup>1</sup>.

He aquí una historia que muestra la más completa falta de simpatía. Fué referida en un sermón por Roberto Collyer, pastor de la Iglesia Unida de Chicago, ahora de Nueva York. Collyer nació en Keighley en Yorkshire, pero pasó la mayor parte de su vida en Ilkley, que es ahora uno de los sitios balnearios que están más en moda. Estuvo de aprendiz con Jackie Birch; herrero. Se casó siendo aún oficial herrero. Se hizo predicador secular de los metodistas. Después pasó á América y se hizo allí predicador. Sus sermones están llenos de vida, poesía y elocuencia, basados sobre un profundo conocimiento del carácter humano.

« Recuerdo, dice, que en una de nuestras fiestas de amor en la iglesia metodista de Inglaterra, hará unos treinta años ó más, se levantó un hombre y nos refirió cómo había muerto su mujer de la fiebre, y en seguida, uno tras otro, todos sus hijos, y que había estado tan tranquilo y sereno al acontecerle esto, como si nada hubiera sucedido; no sufriendo en lo más mínimo, no sintiendo ningún dolor absolutamente; resguardado y amparado, según lo creía él, por la gracia divina, y hasta ese momento en que nos hablaba, no tenía la menor pena en su corazón.

» Así que hubo terminado, poniéndose de pie el sabio y viril predicador anciano que presidía la reunión dijo: Bien, hermano, idos á vuestra casa, entrad en vuestro dormitorio, poned de rodillas, y no os volváis á levantar, si lo podéis evitar, hasta que no seáis otro hombre. Lo que nos habéis referido no es un signo de gracia; es una prueba del corazón más empedernido que jamás haya visto en un cristiano. En vez de ser un santo, difícilmente sois bastante bueno para ser un pecador decente. La religión no arranca nunca la humanidad de un hombre, lo hace más humano; y si algo tuvierais de humano, esas calamidades que habéis tenido hubieran debido destrozar

1. Miss J. F. Mayo.

vuestro corazón. Yo sé que eso habría pasado con el mío, y no pretendo tener algo más de santo que cualquier otro individuo; por eso os aconsejo, que jamás volváis á referir esa historia en una fiesta de amor.»

Tomemos otra historia conmovedora de los *Sermones* de Collyer, que pone de manifiesto el poder de la simpatía en otra dirección, y más verdadera. «Allá lejos, creo que en Edimburgo, estaban parados dos caballeros en la puerta de un hotel en un día muy frío, cuando un muchachito, con la cara delgada y azul, los pies descalzos y morados con el frío, y sin tener para cubrirse sino un montón de andrajos, se les acercó y dijo: «Señores, hacedme el gusto de comprarme unos fósforos. — No, no necesito,» dijo uno de los caballeros. «No cuesta más que un penique la caja,» dijo con empeño el muchacho. «Bien, pero tú ves que no necesito una caja. — Entonces os voy á dar dos cajas por un penique,» dijo finalmente el chiquillo. «Y para librarme de él, dice el señor que refiere la historia en un periódico inglés, compré una caja; pero vi entonces que no tenía cambio, así es que le dije: «Compraré una caja mañana. — ¡Oh! comprádmela ahora, suplicó el muchacho; voy corriendo por el cambio, porque tengo mucha hambre.» Dile pues el chelín y él se alejó. Le esperé, pero no vino el muchacho. Pensé entonces que había perdido mi chelín; sin embargo había en la fisonomía del muchacho algo que me hacía confiar en él y no quería pensar nada malo en su contra.

» Bien, ya avanzada la noche, se presentó uno de los sirvientes y dijo que había un muchachito que quería verme. Cuando éste fué introducido, vi que era un hermanito menor del muchacho que había recibido mi chelín, pero era, si esto es posible, más andrajoso, y pobre, y flaco. Estuvo por un momento metiendo sus manos en sus andrajos como si buscara algo; y en seguida dijo: «¿Sois vos el caballero que compró los fósforos á Sandie? — ¡Si! — Bien, aquí tenéis cuatro peniques de vuestro chelín. Sandie no puede venir. No está bien. Un carro le dió contra el suelo y le ha pasado por encima, y ha perdido su gorro, y sus fósforos, y vuestros once peniques; y sus dos pier-

nas están quebradas, y no está bueno absolutamente, y el médico dice que se va á morir, y por eso no os puede dar el resto,» poniendo sobre la mesa cuatro peniques; y en seguida se puso á sollozar el pobre niño. Dile de comer al hombrecito, continúa refiriendo el caballero, y después me fui con él á ver á Sandie.

» Me encontré que los dos pobrecillos vivían con una madrastra miserable y borracha, habiendo muerto su madre y su padre también. Encontré al pobre Sandie tirado sobre un atado de virutas; me reconoció conforme entré, y dijo: «Tenía el cambio, señor, y regresaba; y entonces me dió contra el suelo el caballo, y mis dos piernas están quebradas. Y ¡Roberto, Robertito! ¡Estoy seguro que me estoy muriendo! ¿y quién te va á cuidar, Roberto, cuando haya muerto yo? ¿Que vas á hacer, Roberto?» Tomé entonces la mano del pequeño paciente y le dije que siempre cuidaría de Roberto. Me comprendió y apenas tuvo fuerzas para mirarme como si quisiera darme las gracias; después se apagó la mirada de sus azules ojos; y en un momento

He lay within the light of God,  
Like a babe upon the breast;  
Where the wicked cease from troubling,  
And the weary are at rest<sup>1</sup>.

La simpatía exalta á la humanidad. Su sinónimo es amor. Sale al encuentro de las necesidades de los afligidos y oprimidos. Doquiera que haya crueldad, ó ignorancia, ó miseria, extiende la simpatía su mano para consolar y aliviar. La vista del pesar, el sonido de un quejido, se apoderan de un ánimo simpatizador y no lo dejan. De la simpatía y de la justicia han emanado algunos de los acontecimientos más grandes de los tiempos modernos. ¿Necesitamos mencionar la abolición de la esclavitud en Inglaterra, en América y en Francia; la educación

1. Estaba en la luz de Dios cual una criatura sobre el seno; donde elerverso cesa de causar mal y los fatigados descansan. (*La Vida presente y Naturalidad y Vida*, sermones por Roberto Collyer, pastor de la Iglesia Unida, Chicago.)

de los ignorantes; la difusión de las escuelas dominicales; los esfuerzos para la difusión de la templanza; la elevación de las clases oprimidas, por la que tanto interés se toman hombres y mujeres de las mejores clases?

Hay lugar para la ayuda simpatizadora de todos. Quien ama á Dios ama á sus semejantes — pobres ó ricos — y no puede dejar de ser justo, leal, y misericordioso. « El hombre justo, dijo Masillon, está más arriba del mundo, y es superior á todos los sucesos. Todas las criaturas están sometidas á él y él solamente está sometido á Dios. » Cuidar á los enfermos, visitar á la viuda y al huérfano en sus aflicciones, realizar ó contribuir á las obras de benevolencia, ayudar á los pobres, todo esto necesita actividad, misericordia y amor.

« Decid lo que queráis, dice el doctor Martineau, de los fracasos y errores del entusiasmo cristiano, ningún celo que consideréis el más racional, ha hecho ni la mitad que él por la humanidad doliente. Cuando ha errado sus propios fines, ha logrado otros á los cuales nunca se hubiera dirigido ningún otro celo más frío. Si no hubiese sido por la Iglesia, ¿dónde habría estado la escuela de la cristiandad? Si no hubiera sido por el ejército de misioneros, acosado y vencido como lo ha sido á menudo, ¿dónde estarían las fronteras de la civilización que avanzan y que están sometiendo á la barbarie del mundo? Si no hubiera sido por la reverencia que se siente por las almas de los hombres, ¿cuánto tiempo no hubiésemos tenido que esperar á las diversas formas de piedad y de curación para el cuerpo? Los cristianos pueden muy bien haber emprendido muchas cosas locas; pero ¿quiénes han efectuado otras más sabias? Pueden haber dicho demasiado sobre el desprecio del mundo, ¿pero quiénes han hecho más para hacerlo habitable? Y en otra parte: « Si entre los más pobres han sido tocados una vez los resortes vivos de la religión, y una familia llega á temer á Dios, tiene lugar en el acto una transformación; los andrajos desaparecen; vuelve el ajuar; disminuye la enfermedad; las criaturas se ennoblecen; las querellas desaparecen; las épocas malas son sobrellevadas mejor que antes, y el pesar, que

antes era sombrío é intratable, está lleno de esperanza y de confianza. »

« Hasta los más pobres de entre los pobres, dice Wordsworth, han sido ellos mismos los padres y los interventores de algún pequeño beneficio. » Un zapatero de viejo dió principio á las escuelas de pobres en Portsmouth. El doctor Guthrie dijo de él: « Juan Pounds es una honra para la humanidad, y merece el más grande monumento que jamás se haya levantado en las costas de la Gran Bretaña. » Un impresor de Gloucester dió principio á las escuelas dominicales inglesas y merece un monumento más alto aún que el de Juan Pounds. Un zapatero de Newcastle principió las misiones en la India. Una joven empleada en los talleres inició la Sociedad Religiosa de Muchachos Fundidores, de Glasgow.

Los pobres conocen mucho mejor que los ricos lo que necesitan las personas pobres. Las grandes ciudades no tienen para mostrarnos nada tan aflictivo como sus niños viejos, con sus sagaces caras ansiosas y sus cejas contraídas, en las que está estampada la penosa inquietud. El hogar del pobre no es á menudo un hogar. El pobre y el rico viven separados y aparte. Hay de por medio muchas barreras que impiden su comunicación social. Los pobres no tienen sociedad alguna más allá de su propia clase. No tienen medio de escapar del trato con los rústicos y los que no tienen educación. Los hijos de los hombres pobres sólo existen como otros tantos rivales por el alimento con sus padres, se les empuja para entrar prematuramente en las rudas realidades de la vida. Para las clases superiores son los pobres como los habitantes de un país inexplorado.

Es únicamente el pobre quien real y verdaderamente siente por el pobre. Sólo ellos conocen los sufrimientos de cada uno de ellos; sólo ellos conocen la necesidad de simpatía y de bondad de cada uno de ellos. Las gentes podrán decir lo que quieren de la caridad de los ricos, pero no es nada comparada con la caridad de los pobres. En las épocas de privación, de enfermedad, de inclemencia y de aflicción, son los pobres los con-

soladores y auxiliadores entre sí mismos hasta un extremo tal, que jamás se lo imaginan en los círculos más favorecidos. Satisfechos con trabajar penosamente por un sueldo mezquino, de día en día, y de año en año, tienen á pesar de ello con que dar cuando un hermano está necesitado ó en un apuro. Ni falta nunca una mano amiga que arregle la almohada, y haga todos aquellos servicios de amabilidad que hacen más tolerables la enfermedad y el sufrimiento. Á este propósito son las mujeres de las clases pobres especialmente desinteresadas é incansables. Hacen sacrificios, y corren peligros, y sufren privaciones, y practican la paciencia y la bondad en un grado tal que el mundo jamás conoce, y que apenas lo creería si lo supiese.

Mucho se ha hablado últimamente sobre Roberto Raikes, así es que lo que digamos respecto de él será muy breve. Las escuelas dominicales habían existido antes que él. Ya hemos mencionado la escuela de Carlos Borromeo, que ha existido desde hace más de cuatrocientos años. Existían escuelas dominicales en Inglaterra en una época muy posterior. Fué Guillermo King, fabricante de cardenchas para lana, en Dursley, quien primero dió la idea á Raikes. Había establecido una escuela dominical en Dursley, la que fracasó por falta de cooperación, aunque él nunca perdió la fe en su plan. Estando un domingo en Gloucester, fué á visitar á Raikes, y se fueron á pasear cerca de la isla, una de las partes más bajas de la ciudad. Allí estaban ocupados en sus juegos los muchachos andrajosos. « ¡Que lástima, dijo King, que el domingo sea profanado así! — ¿Pero cómo se le puede cambiar? » preguntó Raikes. « Señor, abrid una escuela dominical como yo lo he hecho en Dursley con la ayuda de un leal jornalero; pero la multitud de negocios me impiden dedicar tanto tiempo á ello como desearía, pues siento la necesidad del descanso. »

Visitó Raikes la prisión de Gloucester. Encontró allí á un joven sentenciado á muerte por robo de noche con fractura de puertas. « Jamás había recibido la menor instrucción, dice Raikes. Jamás había elevado una oración á su Creador. Conocía el nombre de Dios sólo como una palabra de que se

servía para jurar. Estaba completamente desprovisto de ideas sobre el estado futuro. » En el ánimo de Raikes causó esta entrevista una gran impresión. Muy pocos niños recibían educación en los suburbios de la ciudad. En cuanto podían hacer algo, se les ponía al trabajo, y en los momentos desocupados, en los cuales el domingo era el principal, se dejaba á los niños sin ninguna sujeción.

Fundó entonces una escuela dominical. Tenía simpatía por la infancia, y se captó el amor de los pequeños perdularios, como les llamaba cariñosamente. Se propuso enseñarles á leer y á aprender el catecismo cristiano, é inculcar el orden en los pequeños paganos. En 1783 alquiló cuatro escuelas, y convino en dar un chelín á cada uno de los maestros de los niños abandonados. El cura de la parroquia fué invitado también para que visitara las escuelas los domingos por la tarde, y que examinara el progreso que hacían los discípulos. Las escuelas de Raikes poseían el más valioso elemento de enseñanza; verdadero amor á los niños por parte de los maestros. Sus corazoncitos fueron animados por el amor de aquellos que los ejercitaban.

Como á los treinta años del establecimiento de las primeras escuelas de Raikes, fué á visitarle un joven cuáquero llamado José Lancaster, á cuyos enérgicos esfuerzos se debió la formación de la sociedad conocida después por « Sociedad escolar británica y extranjera », para dar semanalmente instrucción á los hijos de los pobres. En esa época tenía setenta y dos años de edad el fundador de las escuelas dominicales, y ya no podía hacer trabajo activo, pero siempre tomaba un vivo interés en su amadísima institución. Muchas fueron las preguntas de Lancaster con respecto del origen de las escuelas dominicales; y se ha conservado una relación muy interesante de una de las contestaciones de Raikes.

Apoyándose sobre el brazo de su visitante, le condujo el anciano por las calles de Gloucester hasta el sitio, en una calle trasera, donde tuvo asiento la primera escuela. « Deteneos aquí », dijo el anciano. Después, descubriéndose y cerrando

los ojos, estuvo por un momento en silenciosa plegaria. En seguida dió vuelta hacia su amigo, mientras que las lágrimas le corrían por las mejillas, y dijo: « Este es el lugar en que yo estaba parado cuando vi el desamparo de los niños y la profanación que del domingo hacían los habitantes de esta ciudad. Cuando pregunté: ¿No se podrá hacer algo? contestó una voz: Prueba. Yo probé, y ved lo que Dios ha efectuado. Nunca puedo pasar por este sitio, donde la palabra « prueba » llegó tan poderosamente á mi ánimo, sin levantar mis manos y el corazón hacia el cielo en señal de gratitud á Dios, por haber puesto ese pensamiento en mi corazón. »

Sabiendo que Raikes era un constante visitador durante muchos años, tanto de las cárceles de la ciudad como del campo, y que tenía muchas oportunidades para informarse de si alguno de los tres mil niños cuya educación había vigilado habían tenido entrada en dichas cárceles, le preguntó directamente Lancaster si eso se había efectuado. Recurriendo á su memoria, que era vigorosa y sana á pesar de esa edad avanzada, contestó Raikes resueltamente: « ¡No! ».

María Ana Clough, la joven empleada en los talleres de Glasgow, ocupaba una posición mucho más humilde en la sociedad que Roberto Raikes. Era una simple obrera, mientras que él era redactor de un periódico. Pero encontró la oportunidad, como cualquiera puede hacerlo, de ayudar á cuidar las heridas de la humanidad. No fué la « cultura » lo que la inspiró, sino la tierna simpatía femenina. Trabajaba con sus manos para ganarse el cotidiano pan; pero el amor, el gran educador, la llevó á un campo más elevado de labor. Cuando terminaba su quehacer diario era que daba comienzo á su tarea de amor. Había visto una cantidad de pobres muchachos empleados en las fundiciones, de quienes parecía que nadie se ocupaba. Estaban completamente descuidados, y desde temprana edad eran iniciados en las lecciones del vicio. La joven se compadeció de ellos. « Voy á intentar, se dijo ella,

1. Roberto Raikes, *periodista filántropo*, por ALFREDO GREGORY, 1877.

á ver si los puedo traer hacia Dios, y que hagan lo que es bueno. »

Tan luego como hubo formado esta resolución, se esforzó en ponerla en práctica. Pidió y obtuvo una habitación debajo del taller en que trabajaba. La abrió un domingo en junio de 1862. Bien pronto reunió en torno suyo un número de muchachos de las fundiciones, con ropas andrajosas y caras sucias, que venían de las callejuelas traseras donde tenían la costumbre de pasar su tiempo fumando ó en groseras conversaciones. Les enseñó á deletrear, á leer, á ser aseados, buenos y religiosos. Amaba á estos muchachos pobres, descarriados y abandonados. Les ayudaba eficazmente en sus necesidades.

Pero no se limitaban á los domingos sus esfuerzos para beneficiar y salvar á esos muchachos. Ocupaba todas sus horas libres de la semana. Esta noble joven, conforme terminaba el trabajo diario, buscaba los hogares de los muchachos, si hogares se les podía llamar. Á todos los conocía, sabía su triste historia, sus contingencias y penalidades; y gracias á sus principios cristianos, á sus modales atractivos y excesiva benevolencia, adquirió sobre ellos una influencia que fué productora de los más felices resultados.

En verdad, se distinguían tanto de los otros de la misma clase y oficio, por su laboriosidad superior, su buena conducta, y su abstención del uso de malas palabras que « los muchachos de María Ana », llegó á ser un proverbio en las fundiciones.

« ¡Cáusale á uno pena, dice el doctor Guthrie, cuando se piensa que hay tantos cristianos, con diez veces más tiempo, más dinero, más educación, más influencia, que no han hecho ni la décima parte del bien que ha realizado esta joven! Si alguien hubiera podido dar con justicia la excusa: « ¿Soy acaso el cuidador de mi hermano? » lo era quien hallaba difícil poderse cuidar á sí misma, quien, levantándose todas las mañanas al sonido de la campana del taller y yendo presurosa por las obscuras y silenciosas calles, ya había hecho

horas de trabajo antes que la mitad del mundo estuviera despierto... Y muchas noches salía en su misión de misericordia, para buscar á los extraviados y levantar á los caídos, y curar con sus propias manos las heridas de la humanidad. »

Durante unos tres años continuó María Ana Clough sus nobles tareas, cuando al fin se vió obligada á entregarlas á otras manos, á causa de su salud decayente. Pero la semilla sembrada por ella había echado raíces, y maduró en una cosecha benéfica. En 1865 se formó la Sociedad Religiosa de Muchachos de Fundiciones, en Glasgow. En seis años tenía una lista de 14,000 muchachos y niñas dirigidas por una plana mayor de unos 1,500 monitores y más de 200 señores. Más de 300 caballeros han dado conferencias á los niños en diversas partes de la ciudad. Todo se ha hecho en favor de su elevación social.

Su sociedad formaba un lazo de unión entre la escuela dominical y la iglesia. La educación religiosa y la seglar se daban libremente. La templanza era ~~la~~ ~~base~~ fundamental de la institución. Se establecieron bancos de peniques y cajas de ahorro. Probaron ser otra fuente de poder las sociedades corales y las bandas de música. Todos los sábados por la noche se daban reuniones musicales. Se hacía todo aquello que pudiera retraer á la juventud del abandono, la ignorancia, y perversidad de la vida de la ciudad. Con excepción de los maestros superiores seglares, son voluntarios todos aquellos que trabajan por la institución, su trabajo es hecho por amor.

En el verano hacen sus días de fiesta en el campo los muchachos y las niñas con sus directores. Generalmente van al parque Inverary, perteneciente al duque de Argyll, quien es Presidente Honorario de la Sociedad. En una de esas ocasiones fué cuando conocimos el noble trabajo hecho por dicha institución. Á pesar de conservar aún el nombre de la Sociedad de Muchachos de Fundiciones, ha sido ampliado el círculo de su acción, hasta que se ha convertido en una sociedad para toda clase de muchachos y niños trabajadores. El bien que ya ha hecho es indecible. ¡Ojalá que todas las ciudades tuvieran una institución semejante! Hasta el presente sólo ha sido imitada

en Escocia, en Greenock, Edimburgo, Dundee, y Aberdeen. ¿Qué hacen Manchester, Leeds, Bladford, y las ciudades manufactureras tan pobladas del norte de Inglaterra? Instituciones tales establecidas en esos lugares, serían ~~de~~ un inmenso beneficio y utilidad.